FRAY MARIO JOSÉ PETIT DE MURAT, O. P.

EL BUEN AMOR

GRUPO DE ESTUDIOS DEL TUCUMÁN "FRAY PETIT DE MURAT"
SAN MIGUEL DE TUCUMÁN – 1986



I
PUNTO DE PARTIDA

Todo está subvertido, absolutamente todo. Si confías en tu mente, la mente que has recibido de este mundo, estás perdido. Todo ha sido prolijamente cambiado, sustraída la verdad con toda paciencia y obstinación. En cuanto pienses una cosa por ti mismo, estás perdido, allí está la grieta que aprovechará Satanás para llevarte al infierno. Cualquier principio de este mundo que aceptes, estás perdido, porque el sistema de confusión es total, el sistema de errores es total, el sistema de mentiras es total. No hay nada que se haya salvado, en otras épocas quedaba algo ileso. Ahora nada.

II
EL AMOR PERDIDO

Se habla de corazón cuando queremos llevar las cosas a la sensibilidad; cuando nosotros hablamos de corazón hay un movimiento hacia la tierra, hacemos descender las cosas a la carne y a la tierra, hasta tal punto, que se podría decir que se le llama corazón, o se hace radicar en el corazón, casi siempre a las pasiones.

Ahora eso es lo "normal"; pero no es lo normal por cuanto que él ser humano no se encuentra en estado normal.

Es así la manera concreta con que el hombre cae, cómo se cumple su ruina, eso que el movimiento sea a la inversa, que sus amores se hundan en la pasión y busquen su satisfacción en ella.

¡Y a eso le llamamos nosotros corazón!...

¡Qué error cuando se dice, comentando una debilidad: "Es humano"!

¡No!... Eso no es humano, eso va contra la naturaleza humana.

No ofendamos nosotros a la naturaleza humana llamándole humano al pecador. Es él el que ha atentado contra el ser humano. Por favor... no le hagamos el honor de decirle que las pasiones son muy humanas. Lo que es muy humano es la virtud. Lo que le da medida humana a la pasión es la, virtud.

La inmensa desgracia del hombre moderno es no saber amar. ¿Cómo es posible que el amor que es vida, no dé hoy en día nada más que muerte?

Es necesario que te haga conocer la verdad que el talento de Oscar Wilde -quizá sin saber1o- descubrió en el abismo de su pecado; parece que de allí extrajera la esencia misma de la tragedia humana -de toda tragedia humana- cuando dice en una balada magnífica: "El hombre mata lo que ama".

¿Cuál será nuestra reacción ante esta verdad intolerable? ¿Cómo podremos soportar semejante contradicción? ¿Es que acaso el amor no quiere el bien de lo amado?

Sí; más también es verdad que el hombre mata diariamente, minuciosamente, lo que ama. Yo diría para dar precisión a la sentencia, el hombre en pecado, mata todo lo que ama.

Amar sin Dios es amar con indigencia.

El amor es cosa altísima que sigue al entendimiento. Y a mayor sabiduría, mayor amor.

El amor que brota del ser racional es de benevolencia; el ser racional quiere necesariamente el bien del amado y es capaz de sacrificarse por él. En cambio el amor brutal busca la propia satisfacción a costa del amado, si podemos llamarle amado a esa pobre víctima. Y hablo de hombres, y hablo de mujeres; de todo ser humano que esté en ese estado.

El amor ha sido muy enlodado y se ha dado una versión muy grotesca de él.

Es muy difícil amar, porque el amor está precedido de la sabiduría. No de la sabiduría adquirida, por mí, puede ser que no tenga aptitud para adquirirla, pero puede ser mediante otro que tenga aptitud y yo subordinándome al sabio, participo de su sabiduría. Todos no pueden ser sabios. Pero todos tienen que subordinarse a la sabiduría.

Lo más difícil de explicar es el amor, que nadie lo conoce. El conocimiento es bastante fácil, pero el amor es una realidad muy lejana de nosotros. Se lo ha manoseado tanto, que él, augusto, se ha separado de nosotros. Y evidentemente estamos en un desierto de amor.

Las cosas hay que merecerlas. Cuando yo hago simulacros de las cosas, las cosas se me retiran, se ausentan. Y si algo ha hecho el mundo es una parodia del amor. "Te amo, te amo"; y no existe nada más que una sustitución espantosa del amor, es directamente un saqueo, se aman para saquearse, para devorarse.

¿Quién tiene la conciencia de la voluntad y de la naturaleza del amor? ¿Cuántos? Si se confunde burdamente el verdadero amor humano con una pasión bajísima, que es todo un movimiento totalmente a la inversa del verdadero amor.

Nadie conoce el amor. Nos revolcamos en una parodia de amor, en una sustitución del amor, pero el amor depende de la sabiduría. Nadie puede amar a una mujer si no sabe lo que es una mujer.

Se van las cosas enredando, y enredando y enredando por esa incapacidad y al fin todo se reduce a ese desierto del amor, y ese desierto del verdadero amor. ¡Miren que el amor hay que merecerlo!

El amor es una cosa altísima, y dignísima, y limpísima. El amor es el hijo predilecto de la sabiduría. Todo eso que se arrastra, ¡qué va a ser amor! Es un encono brutal.

El dinamismo de la vida es el amor. Amor se identifica con vida. No la tontería esta que cantan al amor los tangos, eso es un asqueroso rencor.

III
LA MUJER, EL VARON

¡Cómo está la humanidad! El hombre desconoce su grandeza, pisotea sus prerrogativas. Está tan embotado, que no sabe lo que hace. ¡El hombre y la mujer ya no son hombre y mujer! ¡Cuánta carne entremezclada y descompuesta!

Somos una urdimbre maravillosa, un hombre es una joya de Dios, es una obra maestra de las manos divinas, cada hombre.

Y así cada uno de nosotros, somos amorosamente arrullados por todas las cosas, y por todas las sangres, y por todas las raíces.

El mundo sensible es el cuerpo total del hombre. Se necesitan mutuamente.

La mujer se continúa muy bien en un jardín o un paisaje; sobre todo, el clarísimo misterio del agua, la reclama. Así lo entendieron los griegos y sus escultores en sus obras, la envolvieron con ropajes de mar, con los risos de los arroyos. Hay una ajustada congruencia entre sus manos y las alas; sus cabellos y los flotantes follajes o el oro de las auroras que levantan en festividad y gloria la faz del mundo. Sus pechos llaman hermanos a los castos manantiales y su rostro a las flores; en su figura toda, rutilan las órbitas del cosmos: ella es la corola suprema de la tierra donde se condensa, inmediata, la ansiedad de todo el orden sensible por la racionalidad del varón. La mujer es profundamente telúrica. Ella está para meter la vida racional en los ríos de las sangres, de los troncos, de las raíces. Sus dedos son reconocidos por el interior de las cosas en cuanto que la respiración y el latido de ellas ascienden en una ansiedad que es más que su propia sangre y su propia savia.

La figura del varón, en cambio, ha sido trazada por el dedo divino con el movimiento ascendente del fuego. No es cíclica como la de la mujer. No queda en la tierra: la visita. Se explica como eje y compone una cruz con la línea precisa del horizonte. Sus pies apenas rozan la tierra; las líneas de sus piernas y su vientre se levantan con el movimiento incoercible de las saetas; se abre luego en la desplegada nobleza del tórax, cuyo diseño sugiere el de una campana de alabanza, echada a vuelo. Más allá la cabeza y las pupilas son cimas de majestad porque en ellas asoma la inteligencia.

El varón está para discernir: tarea suprema ésta, que le permite separar el ser de la nada, la vida del pecado. Está para dar una última precisión y forma a la mujer, al mundo, a la materia según las definiciones originales que sólo él puede leer en Dios. Es la inteligencia de la tierra que mira hacia la claridad de las causas. La mujer también lo es; mas ella constituye la faz que se hunde en el misterio de existir en la contingencia de la criatura que puede perder el ser a cada instante y la sirve.

Por eso el varón es ante todo racional y la mujer sobre todo intuitiva. La misión de aquel es conquistar el orden del Cielo para la tierra; la de la mujer absorberlo y meterlo en la red esencial del alma y la sangre.

A la mujer hay que prepararla como una verdadera corola de la tierra, convertida en vida de la tierra. Es la fuerza eminente.

No sé si será un poco cursi, pero es necesario: es la corola eminente de un mundo sensible. Por eso la mujer queda tan bien en un jardín, en un paisaje. El hombre, no. El hombre queda como una llamarada que siempre se levanta. La mujer concluye muy bien en una rosa y en una paloma.

El hombre adquiere y la mujer plasma.

Os ruego que me deparéis la mayor atención posible porque volaremos muy alto, a regiones desconocidas.

¿Hay algo de común y algo de distinto en el varón y la mujer?

Dos opiniones extremas resumen todas las que se han formado en este campo tan turbado por los intereses de la pasión: una es la del común de las gentes, expresada de hecho, no de palabra, con toda una actitud en la vida: que mientras al hombre pertenece con propiedad la definición de "animal racional", la mujer no pasa de ser un animalito vistoso, agradable a ratos.

Esta es la convicción que corre en los cafés, en los clubes, incluso los aristocráticos; y lo más asombroso es que no la profesan tan solo los hombres sino también el común de las mujeres.

Otra es la del feminismo, el cual enseña que no hay ninguna diferencia entre varón y mujer.

Lo cierto no está ni en una ni en otra, ya que ambas son frutos de intereses o resentimientos más que de una sincera inquisición de la verdad.

Esta se encuentra, como siempre, en un ser, o mejor dicho su justo equilibrio entre ambos elementos. Es decir que hay algo de común y algo de distinto.

Lo común: la mujer, ante todo, es criatura racional como el varón. Debe compenetrarse profundamente de esta verdad. Es ante todo una persona humana, y no la concupiscencia del hombre como enseñaron los cultores que ignoraron a Cristo.

Jesús es el único que enseña a la mujer su dignidad de persona, y, de hecho, se la devuelve. Esta liberación es uno de los tantos sentidos profundos, implícitos en la exaltación de la virginidad.

Lo distinto son las dotes, modales y aptitudes exclusivas de la mujer, cuyo conjunto constituye la femineidad.

Lo interesante es averiguar y precisar si esas diferencias se agregan accidentalmente a la naturaleza humana o si la modifican esencialmente.

Siendo lo femenino un género, pertenece a la categoría de la sustancia y por tanto afecta a toda la esencia.

A éste punto quería llegar para proclamar una admirable verdad casi desconocida:

La última perfección, la especificante de la sustancia humana: lo racional, se suma a un género inmediato, el animal. Este género es doble: masculino y femenino. La criatura racional-masculina y racional-femenina. Por consiguiente, igualdad y diferencias las encontramos en las raíces mismas de nuestro ser.

Lo femenino es de una modalidad que afecta a toda la esencia y por tanto a todas las potencias que brotan de esa esencia. La mujer tendrá inteligencia con una modalidad propia, femenina, y así todas las otras facultades propias de la naturaleza humana.

Encontramos que hay diferencias con el varón y diferencias esenciales. Ahora tenemos que alcanzar nuevas precisiones.

No se trata de cualquier diferencia sino de una oposición de relación.

Más aún, lo masculino y femenino, comportan una de las relaciones más íntimas que puedan darse, cual es la de complementación, complementación mutua, en toda la amplitud de la naturaleza.

La inteligencia del varón debe complementarse a la de la mujer y viceversa; cada una en aquel aspecto para el cual tiene aptitud que falta de alguna manera en la otra; otro tanto sucede con todas las otras facultades.

La investigación llevada a cabo, arroja una importantísima conclusión: si bien la unidad de persona la tiene en la especie humana, cada individuo, la de naturaleza en el orden operativo está integrada por la acción conjunta del varón y la mujer, ya en el orden general de la sociedad, ya en el particular del matrimonio.

Varón y mujer forman una naturaleza humana: la naturaleza total humana.

He aquí otra razón de la indisolubilidad del matrimonio.

/Hay que/ averiguar la misión propia del varón frente a la mujer y viceversa, en esa mutua y total complementación.

Lo más importante de esto es que no se trata de una misión privada del uno hacia el otro. Consiste en una misión cósmica. La acción del varón en la mujer excede los términos de la mujer y perfecciona o destruye al mundo sensible. La mujer es el engarce del hombre con la tierra. Cumple su misión respecto del mundo sensible, mediante la mujer, o mejor, en la mujer.

Mediante ella, se infunde de manera concreta, en la realidad telúrica.

La cogitativa femenina, o sea la "razón de lo particular", es bastante más fuerte que la del varón e incluso, que la del artista; constituye la clave de su complexión psíquica ya que todas las estructuras que le son peculiares, concurren a sustentar la preeminencia de dicha facultad. La prueba está en su facilidad para la conjetura, la sugerencia, la sospecha, la sugestión, la telepatía, actos, todos ellos, propios de la cogitativa.

En cambio la racionalidad es débil: su nivel potencial notablemente inferior al de la cogitativa, permite la franca primacía de ésta. De inteligencia profundamente humana, cuando se le entrega un primer principio lo comprende a fondo y se le hace carne hasta el punto de vivirlo en sus últimas consecuencias; pero por otra parte, el poder argumentativo, esto es, el de adquirir por sí misma verdades desconocidas, es pobre en ella. La mujer carente de principios verdaderos habla y obra por instantes sin nexo, los cuales generalmente resultan caprichosos, veleidades que disgregan su vida. Cuando conversa pinta hechos; puede llegar a ser una gran narradora, vivaz, pero nunca, sino por excepción, descubre la causa de lo que aprecia o lamenta.

La racionalidad femenina es receptiva de la masculina: ella bebe en profundidad la expresión de éste cuando está animada de grandes verdades o, también, de mimetismos de las mismas, bien fraguados. Para que se haga patente dicha relación, basta comparar la conversación de un varón con un amigo y de éste con una mujer. La de los primeros avanza con argumentaciones paralelas que se estimulan y ayudan mutuamente en la obtención de un fin. La comunicación difiere notablemente en el segundo caso; si él es un

varón logrado, la mujer se embebe en su palabra, el razonamiento de ella cesa y, al fin, queda frente a aquél sólo una inteligencia desvelada, en profunda comprensión.

Esta subordinación es tal que cuando ella no está compenetrada de principios morales fuertes y no ha alcanzado sazón de virtudes, el varón si es persuasivo, puede conducirla tanto al bien como al mal.

La mujer, a su vez, injerta al hombre en la tierra; equilibra la tendencia de éste hacia lo universal v abstracto. Su caudal psíquico es rico en aptitudes para compenetrarse íntimamente con gamas, matices, modulaciones, todo lo significativo del ser y las intenciones latentes en las cosas. Por eso el trabajo manual sazona el sentido común femenino. Es el otro extremo que la hace sabia y sensata: y lo es cuando sus manos hablan. Lleva sobre el hombre el gran honor de que, cuando trató las cosas, las enalteció. La mujer completa tiene manos de artista que entablan diálogo con las cosas; los movimientos de sus dedos tienen la virtud de revelar las cualidades de las materias que trata. Mujeres así dieron origen a artesanos y artistas.

Distribuidas de esa manera las dotes humanas en la profundidad psíquica del varón y la mujer, ambos, si crecen en la verdad, se complementan del modo más estable en zonas anteriores al sexo.

A la mujer le corresponde también una posesión pronta e inmediata de la realidad concreta. Por el lugar que Dios le ha dado, tiene, como el niño intuición aguda de las personas y situaciones concretas que la rodean. Difiere en que, mientras la del niño es intemporal de manera que las más significativas se estabilizan en su alma configurándola, las de la mujer la injertan en el devenir del tiempo y están condicionadas por su propia experiencia y pasión. Experiencias generalmente no superadas al menos por ella misma, se convierten en principios de juicio hasta el punto de que una impresión particular, intensa, la retraerá si es mala, o bien la volcará en aquello, si le fue subjetivamente agradable o benéfica. Depende del hombre el que alcance un justo equilibrio, pues él tiene aptitud adquisitiva de los principios inmutables de la praxis y aquélla, capacidad racional para recibirlos y asimilarlos hasta hacerlos profundamente suyos. Por eso se podría decir que la mujer es la palabra viviente del varón: ella nombra con su pasión y su vida la luz que éste haya adquirido o los errores que haya fraguado.

La aguda intuición de la mujer pareciera hoy, que se ha de extinguir. Se mueve casi automáticamente sin que el caudal afectivo de su alma intervenga demasiado en nada. Ejerce su función de sorprender al varón con un fondo de derrota gustada de antemano. Desde que éste la ignora y la ha localizado en categorías niveladoras, animales, y en un mundo de números, comercio y especializaciones, ella también se ha perdido de vista y, como criatura vacante, se aplica con desgano a cualquier cosa como diciendo con todo: "No sé para qué vivo"

Es receptiva en grado sumo. Sus percepciones prontas le invaden de inmediato sensibilidad y espíritu. Se podría decir que es el espíritu más próximo a la sensibilidad, no porque sea sensual por naturaleza sino porque toda ella arraiga profundamente en el misterio de comunicar vida a la carne: aflora del seno de ese misterio y su psiquis encuentra allí su última explicación. Por eso vibra con exceso en las circunstancias eventuales, y por causa del trato que no esté en diapasón con la delicadeza aprehensiva de sus nervios, sin poder pesar por lo general el grado de importancia o gravedad de lo percibido; no alcanza por sí misma los principios inmutables, donde descansa con certeza el juicio humano y, por consiguiente, carece de referencias firmes para justipreciar los estímulos e impresiones que la convivencia y el mundo le ofrecen.

En cambio, por esa misma proximidad de su espíritu a la sensibilidad, lo bello, lo poético y la música encuentran pronto eco en ella y le producen fácil catarsis.

Asombra ver cómo esa estructura esencial de la mujer, si no está calibrada por virtudes de resistencia y compensación, la desposa de inmediato con la realidad que la rodea, sin evasión posible. El hombre se refugia con facilidad en ideologías, oficios, artes, construcciones mentales que satisfacen sólo en el plano mental sus aspiraciones humanas, mientras a expensas de esa satisfacción ficticia, su vida va perdiéndose en días vulgares, de frustraciones. La mujer, no. Si encuentra ocupación deshumanizante sin contenido real como lo es, por ejemplo, un empleo burocrático, se entrega íntegramente a él hasta el punto de que la esterilidad propia de dicho empleo, la plasma, matando paulatinamente su rica plasticidad expresiva, la femineidad de su espíritu y de su cuerpo hasta convertirla, aunque esté casada y con hijos, en la imagen de un árbol seco, sin frutos.

Los criterios igualitarios en boga la han lesionado profundamente. Varón y mujer no son iguales sino distintos y mutuamente complementarios en vista a componer una naturaleza humana total en un determinado orden. El hombre no puede tratar a la mujer con los modos que trata a los otros hombres. Al cabo de ellos, la naturaleza se retrae inconscientemente dentro de la mujer y ésta, aunque esté actuando junto al hombre, se ausenta del mundo de los hombres: se disloca, por una parte, retraída; por otra, anhelando el lugar perdido, se recubre de artificios, busca ser novedad y sorpresa cada día, con lo cual parece clamar a la desesperada: "Véanme, yo también existo".

Visto desde este fondo psíquico, no extraña el hecho de que, cuando se decretó su libertad y equiparación de derechos con el hombre, no se le haya ocurrido otra cosa que, usados para ratificar públicamente su depender de él. Por primera vez en la historia de todos los tiempos las parejas pasean, el

varón imponiendo a modo de yugo su brazo -signo de poder- sobre los hombros de la mujer; o bien, abraza su cintura proclamando posesión.

¿Qué puede significar un hecho tan contradictorio con respecto de la marcha de la sociedad occidenta1?

Parece ser una de tantas protestas de la naturaleza real, la cual impone de manera casi salvaje la textura esencial de la naturaleza humana en contradicción con las ideologías superficiales de que son capaces los occidentales, despojados de la sabiduría que caracterizó los tiempos de su apogeo.

Varón y mujer son cada uno sin duda una naturaleza humana completa y una unidad subsistente propia, persona en posesión de sí de manera íntima e incomunicable; pero a la vez en cuanto a las aptitudes para que esa naturaleza se realice en el ingente devenir de la materia, ambos entretejen una sola naturaleza, no porque estén informados por una única sustancia, sino porque una admirable distribución modal los ensambla. Masculinidad y femineidad son modos entitativos, son géneros, no accidentes, que afectan a la sustancia humana en toda su extensión, entablando de esa manera complementación mutua y total entre varón y mujer.

Es error de consecuencias trágicas pensar que ellos se complementan en la sola región de las glándulas genitales. Inteligencia e inteligencia; voluntad y voluntad; sensibilidad y sensibilidad con todo su bagaje de facultades cognoscitivas, apetitos y pasiones, se llaman mutuamente en vocación de ser una sola cosa, no por confusión ni mezcla, no por dominio despótico de uno sobre otro; tampoco por inexplicables urgencias fisiológicas, a las cuales se las encuentra tanto más exigentes cuando el ser humano está más caído por debajo de su perfección normal (Gregorio Marañón), sino por complementación por la cual ambos se nutren mutuamente con la aptitud que el otro no tiene.

La distribución de aptitudes es admirable. La inteligencia del varón es sobre todo racional y abstractiva; la de la mujer, intuitiva. Aquél, por tendencia natural, mira los principios y leyes que rigen el ser y el obrar; ésta aplica a las circunstancias concretas de las personas y las cosas las consecuencias de esos principios y leyes; incorpora al torrente de la vida, sin saberlo, lo que el varón ha adquirido o fraguado en su mente. Tal relación es tan natural y necesaria que la cumple aún cuando aquellos principios versen acerca de ella misma y le sean nocivos. Hoy, por ejemplo, mientras las ideologías que corren en zonas de ficción proclaman la liberación de la mujer, las convicciones reales transmitidas a ella por el varón en el diario vivir, la rebaja de su condición de persona humana a carne subsidiaria del apetito del hombre y, la mujer, tan receptiva como es de la mentalidad del varón, las vive y las ejecuta como si fueran suyas propias. No discrimina modas, ni tratos, ni "diversiones", sabe que está en derroteros de ruina, -es consciente de que día tras día como mujer-persona pierde pie, que va hundiéndose en el légamo anónimo de ser considerada nada más que un poco de carne codiciada por breves instantes y, sin embargo, extorsiona su naturaleza, la decora con atuendos y actitudes estridentes con tal de entrar en la zona de esa codicia, la única que le han dejado para existir.

Lo que hemos dicho de la inteligencia, lo podemos afirmar de la voluntad y la sensibilidad. Las mismas modulaciones complementarias matizan a ambas, de tantas maneras. Sobre todo a la sensibilidad, mediante la cual el espíritu de la mujer desemboca prontamente en la irisada contingencia de las situaciones en que se puede encontrar el ser humano. Sus nervios son como finas cuerdas tendidas entre la realidad y la mente del varón. Las convicciones motrices que el hombre concibe a modo de primeros principios de la conducta, recaen de inmediato, con toda su fuerza en el espíritu y la carne de la mujer, la cual plasma en sí, como nadie, lo que tienen de verdadero, falso o perverso; las concordancias entre realidad y mente, la sazonan y agudizan; los conflictos, la quiebran en multitud de angustias, iras y neurosis.

En fin, si nos internáramos más en estas dos naturalezas, cada una completa como persona y a la vez provistas, ambas, de modos esenciales complementarios entre sí, al descubrir las compensaciones y armonías internas con que se podrían fundir en una entrañable unión, la más íntima que puede darse en el orden natural, quedaríamos deslumbrados. Una mutua vocación de esencias es la que llama a esa fusión interior, estable, sin orillas, cuando novios y esposos movidos por verdadero amor total logran encontrarse, el uno al otro, en el dilatado seno que llamamos alma. Y es este mismo llamamiento el que se descarga y arrasa en aquellos que se aproximan creyendo que la cita varón-mujer se consuma nada más que en la epidermis y en las glándulas.

A dichas disposiciones profundas interiores se debe la especial hondura trágica que acompaña la búsqueda de tal unión cuando el pecado la quiebra e impide de mil maneras. Ni las "exigencias" glandulares, ni presuntos "instintos reprimidos" -que no existen- ni la sórdida e implacable "libido" -particularmente imperante en el mismo Freud- explican la intensidad conflictiva que caracteriza los "problemas sexuales" multiplicados con espesa grosería por el hombre occidental, ahora precisamente, cuando navega como nunca en la pleamar de su "progreso", y vuela en las diecisiete estratosferas superpuestas de su cielo "Humanista".

IV
LA CARNE ES SANTA

Debemos combatir el maniqueísmo moderno que ha entregado definitivamente al mal cierta parte de la realidad, desconociendo por completo que en Dios y la Verdad esas mismas cosas pueden gozar de una versión noble y elevada. Los maniqueos son los herejes que creen que el mal tiene realidad propia.

Y eso no es del otro mundo, el maniqueísmo existe en todas partes: es eso de que se cree que ciertas cosas del cuerpo son sustancialmente malas y no se las redime nunca, eso es maniqueísmo puro.

Porque antes se hablaba de cosas que ahora no se puede. Miren ustedes la alabanza que hizo esa mujer a Cristo: "Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron"

Todo es sede de Amor y Sabiduría divina. Todo, absolutamente todo, es santo. Ofendemos a Dios cuando creemos que creó cosas que pueden avergonzar.

Si hay cosas reservadas es porque son sagradas.

El cuerpo es vaso del alma, el alma vaso del Espíritu y el Espíritu es Dios. Y como prolongación del cuerpo están las aves, las flores, el agua. Todo es adorable.

Por la contemplación, que penetra lo íntimo y lo inmutable de las cosas sin violarlas -ojo, sin violarlas-, yo tengo la posesión más sabrosa, más íntima, más deleitosa de la cosa como no la tiene ella.

¿Ustedes saben cómo se va gozando de la presencia de las otras almas? Es el advenimiento de toda una aurora cuando llega un alma y uno ya tiene aptitud de contemplarla. Pero así como se da en esos ojos, en esa nariz tal como la dibujó Dios, así como está; y se la posee mucho más que ella misma.

Ella a lo mejor está llena de preocupaciones que la sacan de sí; que no se posee a sí misma sino que está poseyendo cosas que no posee, que corre tras cosas que no existen. Y éste mira, porque tiene lúcida su racionalidad, actualizada; posee hasta el fondo esa alma, en una ternura indescriptible, castísima; y no sólo no viola, no profana aquello, sino que promueve que eso sea más ella, que esa alma sea más ella, que se cumpla. Hace todo lo posible -y esa es la auténtica caridad- porque esa alma se realice, pone lo que esté de su parte e incluso sacrificios porque esa alma se realice.

Yo no tengo por qué conculcar la castidad para ser sensible.

Sepan que la sensibilidad es una virtud -no la sensibilidad esta, suelta- sino la que está al servicio del espíritu, que ya, porque este espíritu está restaurado en su sitio, usa de la sensibilidad para su manifestación. La sensibilidad se hace exquisita al servicio del espíritu y es la comprensión de la castidad.

Se llega a una sensibilidad exquisita y a los goces sensibles más altos y finos, y más sutiles y penetrantes, cuando se bebe la luz interior de estas pobres criaturas que llevan tanta luz dentro y no lo saben.

Lo que yo pienso que hago con las manos, se hace mucho mejor con la inteligencia - creo que está claro- con las manos yo no poseo nada, poseo la epidermis; con la inteligencia poseo lo íntimo real, no un fantasma, un concepto. /.../

Nuestra inteligencia es la potencia más poderosa, más densa y con más vocación de realidad que pueda darse. Yo poseo la realidad por la inteligencia, no con las manos, si no, no la poseo nada. ¡Qué grande es el hombre y qué bella es la vida, allí donde vemos todavía vestigios del divino diseño que Dios nos dio! Las formas del cuerpo humano no son sensuales, son racionales, purísimas, cuando en mente se sabe que se es criatura racional.

Todo es mucho más bello en Dios, el mismo noviazgo incomparablemente más bello en Dios que en la ilusión.

La castidad no cohíbe a la sexualidad, no anula, no oprime, no reprime a la sexualidad.

La castidad encauza a la sexualidad hacia un orden y fin en la medida en que debe cumplirse. Me hace señor de mis apetitos la virtud. Es la verdadera liberación del hombre.

Frente a la castidad tiene que estar la virtud de sensibilidad, y frente a la sensibilidad la virtud de la castidad. Y la sensibilidad se hace fina como un instrumento músico, cuando se es casto.

¿No saben ustedes que el sensualismo apoca la sensibilidad, la engruesa, la enturbia?

Es como una cuerda de un arpa la sensibilidad cuando somos castos.

Y como la virtud de sensibilidad es que esta sensibilidad esté restaurada en la unidad personal, hasta el punto que pueda recibir las mociones del espíritu, resulta que son los gozos sensibles más elevados, finísimos y penetrantes que pueden darse.

¡Qué paradoja la del ser humano! ¡Piérdelo todo y lo tendrás todo!

EI amor no prescinde del acto sexual.

Lo asume y lo integra, en su fin. Es -al contrario- el remate, la coronación. Ese amar clama por formar un hijo. Es algo grandioso, es estar en un nivel de Dios, creando. No me vayan a confundir, ni me pongan las categorías vulgares. No destruye, pero lo asume y lo integra, y lo transforma y lo depura.

Créanme ustedes que ¡es cosa tan difícil conocer al hombre!, porque nunca se hace la composición justa entre los elementos que lo integran. O nos pensamos en espíritu, o nos pensamos en carne, y lo malo es que se deja siempre una u otra parte.

Los espirituales entran como en desprecio de la carne, no en lo que ello tenga de enfermedad viciosa, que eso es bueno, sino también en su misma sustancia. Y entonces toman modos de ser deformes, deshumanos, se convierten en ángeles despiadados y fríos. Y ya sabemos qué cosa tan atroz es el pecador que destroza dos cosas, tan santa una como la otra, que son el espíritu y la carne.

Y nos tenemos que convencer de que la carne es santa. Si: Dios ha creado la carne, ésta es tan santa como el espíritu. Es inferior al espíritu, pero en su origen y su naturaleza es tan santa como él. Y si no, no somos católicos; y si no, no somos redimidos.

¿Que la carne tiene propensión a la concupiscencia? Claro que sí. ¿Acaso el espíritu no tiene propensión a los vicios?

Mientras los pecados de la carne nos pueden hacer semejantes a las bestias, los pecados del espíritu nos hacen semejantes a los demonios.

¡Hay tantos vicios en el espíritu, y vicios mucho más profundos que los de la carne!

Ya ven un santo como Santo Tomás de Aquino, cuando habla del equilibrio de las virtudes, dice que a toda virtud se oponen dos vicios, uno totalmente contrario en su sustancia y apariencia, y otro contrario en su sustancia pero semejante en su apariencia. .

Pues bien, cuando habla de la castidad, dice que a la castidad se opone la lujuria y se opone la insensibilidad. Entonces, ¿cuándo está la castidad bien equilibrada?

Cuando ha alcanzado esa sensibilidad al servicio del espíritu. Cuando vibra al son del espíritu y no al son de las cosas de la tierra. Que no sólo no mata la sensibilidad, sino que la afina; la pone al servicio del espíritu. ¡Hay tantas virtudes que se ocupan de la santificación de la carne! Pues bien, entonces, ése es el hombre completo, ése es el hombre íntegro.

La Resurrección de Cristo es el dogma de la santidad del cuerpo.

V
LOS EXTRAVIOS DEL MAL AMOR

Vamos a llevar un orden; y lo primero que debo hacer es advertiros que voy a hablar abiertamente; nunca con crudeza o grosería, pero sí con claridad.

No es posible que el enemigo del ser humano, los propagadores del error y el vicio, puedan hacerlo, y los apóstoles de la verdad tengan que cohibir la expresión de la misma, cercados por un falso pudor.

¿Quién podrá decir la tremenda, la terrible trascendencia de los actos humanos? ¿Quién expresará los abismos y las cimas que se pueden suceder en nosotros en un instante de segundo? Cada una de nuestras acciones según sea conforme a la razón o no, agrega a nuestra naturaleza una perfección real y una no menos real miseria, deformidad. De esta manera nos estamos plasmando a nosotros mismos hasta con la menor de nuestras acciones, completando la dignísima configuración que nos compete como hombres o destruyéndola para convertirnos en cosa abominable a Dios, a los ángeles, a los hombres y a nosotros mismos.

Aquí no para la responsabilidad de nuestros actos pues sus consecuencias repercuten en la materia que nos rodea hasta donde no podamos imaginarlo. Bajo este aspecto, nuestras acciones, aún las más pequeñas, son comparadas a una piedra arrojada a un estanque. Toca el agua en un punto pero las ondas circulares y concéntricas que se producen, llegan hasta las más distantes orillas. No podemos prever a dónde irá a madurar ya en el espacio, ya en el tiempo, la palabra buena o mala que hayamos echado al azar. ¿Cuánto más todo lo demás?

El ejercicio de la relación sexual en el animal está constituido por la sola pasión; en el hombre por el amor.

La parte racional, la espiritual, debe en los que están destinados a ser cónyuges, unirse antes que la corporal, pues ella como hemos visto, tiene disposición y tendencia a una compenetración y complementación mutua: se unen penetrante e indisolublemente por el amor.

El alma del varón se debe fusionar a la de su mujer formando una sola alma, por la complementación y ayuda mutua.

Aspirando el amor sexual a una unión total, de alma y cuerpo, cada una de estas partes se unirán mediante el acto que les es propio, las almas por el amor y los cuerpos por la pasión.

El tacto es el modo más precario de conocer, de poseer. El pecador que cree acercarse a la realidad, se a1eja de ella. El sensual dice: "Yo soy realista, lo que yo toco es lo que vale". Su equivocación está en el modo de querer poseer. Poseer es legítimo. Por el tacto no se posee.

Bienaventurado el varón que puede decir a la mujer: "Quédate en paz a mi lado".

Un lujurioso jamás ha poseído a la mujer y un casto sí. Todo en la humanidad es paradojal.

En cuanto se pretende poseer en la carne algo, hay inmediatamente una retracción en las cosas. Las cosas se clausuraron para Adán y se clausuran siempre para el pecador. Qué ciegos los viciosos que no ven nada. En todo calavera hay la nostalgia de la verdadera mujer. Cuando más creyeron poseerla menos la encontraron. ¡Y cuántas tragedias hay y cuántos fracasos!

¿Vosotros sabéis lo que será la vida de un calavera?

Todas esas criaturas que se le evadieron, todas esas búsquedas, todas esas excursiones hacia el otro ser amado y que nunca encontró. Y cómo la vejez de un hombre así tiene que ser espantosa, sucia, llena de recuerdos que lo abruman.

¿No habéis visto que el criminal vuelve siempre al lugar del crimen? Basta matar una criatura para que esa criatura nos abrume y nos aplaste. Y otro tanto pasa a la mujer casquivana.
¿Por qué hay tantas neurastenias, si no?

El calavera es un incapacitado y un torpe, porque como él no ha desarrollado su hombría, nunca encontró una verdadera mujer en su camino y si la encontró no la mereció, y aquella criatura se le evadió. El sensual tiene en sí mismo su castigo.

Son tan torpes y tan ciegos, están tanto en la superficie de las cosas, que si entraran un poco en su corazón se rendirían.

En cuanto salimos de la ley santa inmediatamente está el lloro y el crujir de dientes. No se puede jugar con las cosas sagradas.

Pensad que Dios hizo toda una preparación finísima para crear al hombre. Creó las criaturas más bajas y fue levantando desde allí una pirámide magnífica de criaturas para colocar luego la corona, el ser humano, que es el nudo entre el orden espiritual y el sensible.

Aquel que haya estudiado la naturaleza humana y no cae de rodillas, no ha nacido todavía.

¡Lo que es el ser humano! ... Es algo que causa anonadamiento.

No hay hombre más desdichado ni más cuitado que esta pobre criatura, este rey que parece enloquecido, que pudiendo tener el poderío de las cosas sensibles, es mendigo de ellas, y está queriendo saciar su hambre de infinito en criaturas tan menguadas, que el ser apenas las roza.

Y así, ¿qué les queda a estos pobres? Lo que guardan es la muerte de ellas, porque evidentemente, esta fiesta que fue, pasó; y aquella mujer que rocé, pasó; y aquella borrachera, pasó; aquel deleite que me dio aquel copetín, pasó.

¡Pero como yo no paso, me voy guardando la muerte de todas las cosas: me cargo de cenizas la boca!...

Ningún hombre ha conocido jamás en su vida una sensación pura, ¡nunca!; díganselo a los materialistas que están volando tras una sensación pura, que con todo cinismo y burla de Satanás le llaman “amor puro”. Ellos quisieran llegar a un acto sexual “puro”, dicen -pronto le van a agregar “inmaculado”-, esto es, que no tenga ninguna concomitancia, ni moral ni espiritual.

¡Es muy posible que ellos se peguen un tiro antes en el hastío profundo, del ensayo, antes que lleguen a poder suprimir la intuición oscura que tienen de esta mujer, y esta mujer de este hombre!

Porque sepan ustedes que la diferenciación entre varón y mujer no es glandular tan solo, esa es la última estribación de diferenciaciones que comienzan en el ápice de la inteligencia. Las aptitudes intelectuales del hombre complementan a las aptitudes intelectuales de la mujer y viceversa. y la una se llama a la otra.

Esa vocación que tiene el hombre por la mujer es mucho más profunda. Unas glándulas no establecen comunicación, como sucede entre un perro y una perra. Ustedes ven, se tratan un cuarto de hora y se terminó la perra para el perro.

En cambio esta obsesión de que voy -porque hay toda una costra, un muro de pasiones-, hay un rechazo: y voy y hay un rechazo. Es una angustia verdadera esa búsqueda del otro, en líneas muy profundas que hoy se ignoran por completo. .

La mujer tiene apetencia de la racionalidad del varón ante todo, y es una brutal injusticia de que el hombre animalizado crea que la mujer tiene -porque lo busca, porque lo ansía, lo rodea, se pinta de mil colores- está nada más que deseando sus glándulas. Es el hombre animal, el hombre sin nombre, el que se ha hundido en la carne y que mira todo desde la carne.

¿Lo conocemos al hombre?

Vieran ustedes lo que era el matrimonio de Adán y Eva, se ha repetido una sola vez en la vida, en la Santísima Virgen y San José.

No nos refugiamos en millones de años atrás para contar leyendas, porque eso le pasa hoy a un hombre y a una mujer virtuosa, aunque en mucho menos grado.

Pero yo he conocido matrimonios que siendo viejos eran novios aún, porque se habían unido ante todo en su alma. Y no esté repudio de animales saciados de hoy, que están pidiendo el divorcio a los dos años de casados, porque ya no se soportan más; porque hijitos, ¡la carne se agota! Por más que registres

esos rincones se terminan. No son infinitos. Y qué aburrimiento volver a ese lugar agotado, que no suena, mudo.

En cambio esos rincones de una mujer, las intimidades de esa mujer amada, y amada siempre, cómo se renuevan.

¡Qué distantes estamos del hombre!

Inteligencia es lo que nos hace falta. Lo que nos sobra es sensualidad.

La ternura es la cosa más clara y la cosa más fina del espíritu. Es la sensibilidad superior que viene como una consecuencia de la castidad.

¡Hay que ver lo que es la ternura de un ser casto! ¡Es una cosa tan magnífica, tan elevada! Como es la aurora. Como es la noche. Que no es una cosa blanduzca que va deshaciendo los contornos de las cosas. Esa blandura de la carne es una fuerza disgregante.

Lo va minando todo y lo va nivelando todo. Todo es la misma monotonía buscando siempre la misma expresión y el cariño ciego.

El cariño del alma es una cosa luminosa, preciosa, constructiva, creadora. El cariño de la carne es una cosa "licuescente", como diría un latino. Es la humedad que va comiendo los cimientos del edificio. Es la filtración que todo lo va deshaciendo, que va quitando la configuración a todas las cosas.

Miren que porque hay semejanza entre el espíritu y las cosas de la carne creamos parodias de lo que el corazón humano ansía.

La mujer es el resumen de la naturaleza, y de ahí esa fascinación que siente el hombre por la mujer. Las que tienden ante él sus encantos, están satisfaciendo desbocamientos. La psicología del pecado es algo muy profundo y muy embrollado; San Agustín dice que el pecador está buscando a Dios.

Si fuera verdad que el hombre es pura carne, ¿por qué no se satisface con las cosas de la carne de la cual es? Las estruja, las retuerce, porque está buscando a Dios; por eso desgarra las cosas de la tierra.

¡Pobre la mujer que se deja convertir en un ídolo por el hombre! Después se le va a pedir cada vez más, que sacie y que sacie.

Y por qué el hombre, entonces, se vuelca tanto en la mujer; y si la mujer se aparece vestida con un traje lleno de florcitas, parece un prado y el hombre siente la nostalgia del prado; y bueno, es una cosa evidente.

¿Entienden esto? El hombre apetece el infinito, pero como tiene su libertad va a donde él cree que hay esas perfecciones; y la mujer, ve una ansiedad en los ojos del hombre, y empieza a variar y variar eso.

Y hoy es un crepúsculo y mañana una noche llena de estrellas. Claro, una mujer de negro, con collar de perlas, parece una noche estrellada. Y una mujer vestida de blanco es una sugerencia de inocencia. Y al hombre le gusta la inocencia, aún al más corrompido...

Ustedes ven cómo un gran pecador regala una flor, y más propio sería que regale una cosa inmunda, ¿no les parece? Pero regala una orquídea, por ejemplo. Nada menos. ¿Y hay algo más delicado y puro que una orquídea? ¿Se dan cuenta la filosofía que hay que hacer de las cosas vulgares? Y un brillante es un resplandor de la gloria; la gloria es resplandor de la perfección y el brillante es una imagen de eso.

Es algo notable. En el hombre hay un apetito por esas cosas eternas. Cuando no las posee de verdad, las posee en la representación de ellas.

Toda alma humana, por tendencia que brota de su esencia, aspira oscuramente a un bien infinito y de mil maneras lo pide: éste, en realidad no puede ser otro que Dios.

Ahora bien, el sensual como no cree que pueda existir otro bien que la carne, piensa que lo que está pidiendo su alma, es una mujer inconcebiblemente bella y buena. En cualquier adarme de belleza y bondad, reales o falsas, que esta pobrecita criatura muestre, no ve que eso sea todo lo que ella tiene, sino un signo exterior de algún tesoro interior e infinito. Este es el primer momento, el de la ilusión. Momento de confusión en el cual el entendimiento, presionado por la pasión, atribuye a tal mujer, haciendo pie en las exiguas perfecciones que de ella aparecen, el grado en que estas perfecciones se realizan únicamente en Dios. Es idolatría porque entonces la voluntad pone todas sus esperanzas de felicidad en esa criatura y la ama con amor de subordinación, debido sólo a Dios, porque sólo Dios puede realmente saciarlo.

Si la mujer es sensata y no hace caso a tales majaderías, este adorador de ficciones reaccionará de varias maneras, según los diversos temperamentos. Si accede, se lanzará a devorar con manos, bocas y sexos lo que de ella ha imaginado. Retorciendo el fin y las prácticas naturales, cae en odiosos desórdenes. Hurgará y hará lo imposible por prolongar lo breve y extender lo efímero. Mas los límites de la carne se levantan inflexibles, quedando él llagado y la amada destruida.

Este corrosivo, adorador, con su propio pecado será ministro del castigo. Al final de su experiencia se encontrará defraudado, con un despojo entre las manos; vacío, más hambriento que nunca; su alma oscurecida al comprobar que solo gustó exiguo mendrugo de lo que buscaba.

¿Y la mujer?

Destruida por las manos y bocas que creyeron amarla, yacerá desnuda de ficción: pobrecito despojo de piel, fibras y glándulas saqueadas. Con sus pechos convertidos en vejigas flácidas y marchitas. Y su rostro

gris, sin luz, manifestará la desgracia de su matriz ultrajada, rebajada de su *noble condición* de crisol inicial de nuevos hombres, a la de calcinado albañal de una fiebre infame.

¿No es, acaso, la razón la que, a las claras dice que la unión sexual no tiene otro fin que el hijo? Y si no queréis el hijo, ¿qué deseáis al juntaros a vuestras mujeres? ¿Tal vez el deleite?

¡Ah, cómo pudiendo ser hombres, os convertís en monstruos de insensatez que no podéis encontrar vuestro lugar más que debajo de las bestias, porque éstas si es verdad que no buscan otra cosa que el deleite, sin embargo no contrarían el fin!

No hermano; termina con tanta confusión: El deleite es ingrediente de la unión sexual, mas su fin no puede ser otro que el hijo. Todo en aquella está esencialmente determinado por ese fin.

No creas que puedes violentar a la naturaleza imponente. Onán, el primer hombre que no quiso fecundizar a la mujer, murió y no sucede otra cosa a los onanistas. Muerte lenta, de nervios resquebrajados. ¿No comprendes que todos los preliminares de la cópula y la fricción de ésta, no tiene otra finalidad que la de excitar los nervios todos, tanto en el hombre como en la mujer, para que el organismo entero concurra, de alguna manera, a la formación del nuevo organismo?

Así se enciende en el uno una intensísima sed de dar el semen fecundizador y en el otro de recibirlo. ¿Y qué trastorno espantoso no sufrirá uno y otro, sobre todo la mujer, cuando quiebran este proceso y queda frustrado?

El esfuerzo tremendo del espasmo del hombre, que si no alcanza su único término proporcionado: el incendio del útero de la mujer, ¿cómo se calmarán y saciarán mutuamente? Ambos términos han sido medidos, compensados y equilibrados entre sí con admirable sabiduría.

No se cura la fiebre de la lujuria alimentándola, que si te ahoga cuando aprieta con el deseo, más te estrangulará desarrollándola con esos coitos, que en realidad, no son más que masturbaciones.

¡Oh, esa procesión de matrices agrietadas y estériles, de rostros secados por la esterilidad, que no miran más que la inutilidad de vidas estancadas en el estúpido sumidero de un placer sin gozo!

¡Oh, sucesión de destinos varados, que pudiendo ser una apasionada ruta trazada en un mar de ondas vivientes, se lo convierte en una fermentación mínima y corrosiva, en un poco de resaca de la playa!

VI
MUJER, VIÑA FECUNDA

Una cosa muy dolorosa, sépalo el hombre, para reparar una tremenda injusticia: las peores perversiones siempre recaen sobre la mujer.

Siempre me llamó la atención la piedad que Jesús sintió por las mujeres y la insistente presencia de ellas en su vida. Ahora comprendo. ¡Cómo se ensañan con la mujer!

El único que en realidad liberta a la mujer es Cristo, sino en toda civilización sin Cristo la mujer es esclava, en toda civilización sin Cristo futura y ya cuasi presente la mujer será esclava, siempre que no se convierta en fortaleza invulnerable en Cristo.

Miren que la mujer realizada es exquisita.

Cuando hay una mujer realizada, cumplida, se hace un silencio delante de ella. Pero lucha. Cuesta mucho.

Porque la mujer pone a prueba al varón. Si el varón es un verdadero varón, esa mujer se enriquece y es su gloria. Si el varón es un hombre disminuido, un hombre bruto, un hombre que no tiene la cabeza puesta sobre los hombros, esa mujer es un puñado de caprichos y se deshace, se desmenuza toda su potencialidad maravillosa, creadora, de mujer.

Y entonces hay que decir la verdad, también, de que si hoy la mujer está belicosa como nunca, llena de caprichos, que no sabe qué hacer de su vida, es precisamente porque el hombre la está vaciando, la está exprimiendo. Y así vemos que la mujer está vacía, y no sólo está vacía sino que el varón aprovecha esa influencia que tiene sobre la mujer, para minarla, enloquecerla.

Y siempre la mujer es la palabra del varón. Siempre.

A los apóstoles seguía una legión de vírgenes maravillosas; y a los hombres de hoy, qué mujer es la que los sigue: esa mujer belicosa, que lo enerva y lo agota.

Ahí está la venganza de la tierra: en todo aquello que precisamente lo vence al hombre y lo hunde.

Y entonces, ¿de dónde ha salido esa chica casquivana: “que hay que divertirse, que la vida pasa, que la juventud se acaba pronto”?

Tú la has engendrado. El varón de hoy.

Para ver el valor del hombre, nada como ver el valor de la mujer.

Entonces terminaremos con ese concepto falso de la femineidad que ser femenina es: estar muriéndose a cada rato.

Así que entonces sepa la mujer que es fuerte cuando es varona, cuando se le han comunicado las dotes de hombría, que no es otra cosa que la fortaleza.

Es la columna vertebral; tiene que estar la fortaleza como la columna del edificio.

Bueno; llegamos a la encrucijada: esta mujer de hoy, desgarrada del varón, puede llegar a ser varona si el hombre está en pecado.

Porque, entiéndanlo bien: no hay una dependencia atávica.

Claro; a veces la mujer casada con un tonto, es doblemente varona; porque el hombre ha fallado de una manera tan calamitosa, que no sólo no desempeña su oficio junto a la mujer, sino que la traiciona, la mina, la vacía de sí y la prepara a la terrible claudicación.

Es indudable, porque si Dios se ha compadecido del hombre, se ha compadecido de la mujer. En Cristo toda mujer puede llegar a ser completamente varona. Allí puede encontrar todo lo que necesita para ser una verdadera mujer. Falle o no falle su esposo. Entonces allí.

Y esto de que la mujer sea vida y madre de vivientes, ese no es un título gratuito, hay que adquirido y rnerecerlo: "Creced y multiplicaos".

Dejen esa cosa de haber estado siempre arrinconadas, en el sentido de no haber tenido una ciencia de la vida: y tienen que ser dueñas de la vida para tener hijos.

No se es madre del ser humano porque se le da un cuerpo.

Sed mujeres que con vuestra sola presencia estéis proclamando pureza, castidad, dignidad. El hombre necesita esas mujeres que cual brisas puras refresquen las sienes cansadas. El hombre necesita la mujer casta que sólo inspira pensamientos castos y elevados.

La plenitud no vayan a creer que se la da la edad, se las va a dar una intensa formación interior, que es una formación muy “sui generis”.

Es la de encontrarse ella misma en su misterio de mujer: esa conciencia clara de su prolongación en la realidad concreta, de que ella está llamada a formar seres humanos.

La mujer tiene que tener la conciencia de que está en la causa del mundo y tendrá que llegar al nombre de “Vida”, para ser madre de vivientes.

Bien; hemos tratado de explicar la concepción que tiene que tener la mujer de sí misma. Ubicarse en esa responsabilidad que no es otra que la del hombre, porque, lógicamente, cada uno tiene su responsabilidad propia, y esta de la mujer no es mayor ni menos que la del hombre, pero es esa, y no otra.

La inteligencia es augusta porque ella tiene que distinguir lo que es propio de cada cosa y relacionado con lo que tiene de común; y la mujer tiene que conocerse a sí misma, porque estamos en esa época niveladora en que todo es lo mismo, todo es la misma cosa. ¡Qué va a ser todo lo mismo!

Y entonces ella tiene que rescatarse y darse un contorno dentro del universo, porque todo se enloquece cuando cada cosa no ocupa su sitio, su lugar.

Es posible decir lo que es la mujer por lo que tiene de misterio dentro del misterio grande, que es la creación.

Dios ama tanto a su criatura que la hace participar de la creación.

El hombre también crea, pero no tanto como la mujer. El hombre forma a su hijo mediante la mujer. Influye en la mujer y la mujer en el hijo: esa es la escala.

El hombre ha sido creado para oficios universales, la mujer para esa relación inmediata con la tierra y bien concreta. Se le ha dado poderes para poder plasmar tierra, para colocar espíritu en la fibra. La mujer es la más próxima al cuerpo, para espiritualizar al cuerpo.

La carne de la mujer es materia de sacramento como el pan es materia de la Eucaristía, como el agua lo es en el Bautismo. ¡Miren ustedes en qué nivel se encuentran!

La mujer es un valor cósmico. Ella tiene que ser una inteligencia universal hecha carne. Tiene que estar sirviendo al universo entero; y tiene que hacer caso a las leyes del universo para plasmar al hijo.

Es la mejor obra de arte que se ha encomendado a la criatura, porque es hacer obras de arte vivas y para la eternidad. Los grandes artistas manejan materia muerta y en cambio esto es vivo y para la eternidad.

La mujer madre no sólo tiene que tener inteligencia, sino que tiene que ser una inteligencia desvelada. Toda ella inteligencia.

Ustedes dirán: “Cuánto se me exige”. No; porque ustedes son inteligentes. Dios les ha dado una intuición que está vibrando desde la punta de los pies hasta la cabeza. Lo que hay que hacer es no matar eso. La mujer es lo más inteligente hacia lo concreto. Les pido, no lo que pueden dar sino lo que ustedes deben dar.

Esa intuición, si no funciona, es porque la han desmoronado ustedes. Diciendo de la mujer una cosa tonta. Desacreditándola ante ustedes mismas. Y siguiendo ustedes, o por desconfianza, o por esa ignorancia que tienen de sí.

La intuición tiene que saber hacia dónde orientarse. Y tiene que orientarse de acuerdo a principios.

El primer cuidado que tiene que tener la mujer, es ilustrar su mente con principios morales bien firmes y bien sólidos. No acatados sino entendidos.

Miren que las maldiciones están tan en vigencia como las bendiciones, y que el libro de Moisés es tan actual como en el año 1.200 a. C.

La misericordia no saca las maldiciones, son ónticas: Yo hago esto y viene esto. Dios no necesita moverse, ni mandar ángeles para cumplir sus órdenes; sobre todo en el cristiano, viene por dentro la maldición.

La mujer que no tiene hijos, que no quiere voluntariamente tener hijos -no digamos si no tiene hijos- está cumpliendo una maldición de Dios, está borrando su nombre de la tierra, y el nombre de su marido. ¡Sépanlo!

No es fácil ser madre. No se asusten, no es fácil pero están muy auxiliadas. Deben saber, para consuelo, que Dios ama a la madre con el amor que ama a todas esas criaturas que están dependiendo de esa madre. Así que tengan muchos hijos.

Si tienen tres hijos, las amará como a cuatro. Y estará dispuesto a comunicar toda la inspiración y todas las luces que necesita para formar al ser humano. Y si tienen doce hijos, las amará como a trece. ¡Miren ustedes!

VII
RUTINA Y TORPEZA DEL AMOR

Lo que nos embroma es que por acostumbramiento no apreciamos ninguno de los grandes bienes cuando son constantes.

Lo perfecto no está en la frecuentación de las cosas, sino en la intensidad con que se las practica.

La pasión está fundada en la sorpresa: ve un algo y luego va cayendo a medida que se produce el acostumbramiento. El amor, en cambio, va "in crescendo".

Por eso el verdadero noviazgo debe comenzar en la amistad, y luego ir perfeccionándola.

Hoy es un siglo de sorpresas, no de admiraciones.

La admiración no está reñida con el discurso, con el razonamiento. La sorpresa es algo insólito que se nos presenta, nos toca, y luego decae.

La sorpresa lleva al acostumbramiento y al hastío. En cambio, en la admiración, aunque sea por años, siempre es nueva.

¡El hombre sumergido en costumbres es un muerto! ¡Es tremendo! Es como aquel que ha tenido una esposa y jamás la vio.

El hombre que haya "escuchado" por cinco minutos algo ya sale del plomo letal de la costumbre.

¡Y esto sí que es importante y pone a prueba el matrimonio!

Ya ven cómo el matrimonio no se puede fundar nada más que en el descubrimiento del otro, y un descubrimiento que siempre será nuevo si comienza así, en un encuentro real del otro.

Y de ahí que pueda ser indisoluble, porque todos los días es nuevo.

¿Y esta no es la tragedia de todos los días?

Esta chica, que porque se casó cree que tiene marido. Se ríen ustedes, pero es una tragedia.

Y este muchacho, que porque se casó cree que tiene mujer.

Así que nuestra vida es una tensión constante.

Tengo que estar alcanzando todos los días las cosas que poseo; todos los días, y si no, no poseo nunca nada.

Y ahí ven ustedes la contraposición tremenda entre hábito y costumbre: La virtud te hace descubrir las cosas todos los días.

Les voy a decir la última paradoja: La castidad te hace descubrir a la mujer todos los días en su frescura original.

¿Se dan cuenta las paradojas de la vida humana?

Hay que ser joven todos los días. Hay que empezar de nuevo todos los días.

¡Oh tú, que tienes novia, nunca la tienes! Ocúpate de descubrirla todos los días. Y tú que tienes novio, nunca seas sobradora y creas que lo conoces del todo, hijita, nunca jamás!

Tenemos que cuidar la forma, el modo y el fin.

No sólo el fin, de cualquier manera; y hoy está horriblemente descuidado el modo, y voy a dar una clase de buena educación.

Al final de cuentas, poner el modo perfecto en las cosas, es buena educación. Y tenía una gran razón aquel benedictino que decía: "Por la buena educación las virtudes se hacen más bellas y los defectos más tolerables".

Debemos estar continuamente conmensurando nuestras acciones. No basta que sean groseramente, rudamente buenas.

La buena educación es el modo humano que tenemos que poner en nuestros actos, es el sello distintivo que esto que estoy haciendo es un acto humano: le doy modo humano por la buena educación.
La vida sin buena educación se hace muy desagradable y casi no vale la pena vivida; todos los días son roces, son choques, encuentros, ¡tremendo!

Y hoy se confunde la espontaneidad con la sinceridad; mentiras; son esas confusiones, interpretaciones y transferencias que se producen hoy, época de confusión mental.

"Hay que ser sincero"; y por sincero se está mostrando toda la podre; no hay derecho.

Una vida espontánea es una vida en bruto, una vida no tallada, no asumida por el hombre; es una vida inferior, es materia prima de vida humana. Son fuerzas que las dejamos que vayan cada una por su lado., sin darle una configuración humana. Yo tengo que temer a esta energía, a esta pasión, a este movimiento psíquico mío, y le tengo que dar una medida humana, y entonces estoy en la buena educación.
Esos abusos de confianza en que se manifiestan tal como no son, porque la gente es mucho mejor de lo que se manifiesta en tren de confianza.

¡Cómo está el ser humano de destruido! Guarda lo malo para el amigo.

Y no me van a decir que ese, es él; no es él. Entonces, los esposes tienen que tener una delicadeza muy grande en el trato íntimo. ¡Es tremendo!

Dicen una cosa muy buena los maestros de ahora de pintura. Dicen: "La línea no debe ser trazada por la mano sino por la inteligencia". Es decir, la línea siempre tiene que fluir de la inteligencia: la mano tiene que ser un instrumento docilísimo llevado por la inteligencia. No permitir que la mano trace con un ímpetu ciego. La mano debe estar gobernando al lápiz, y ella gobernada por la inteligencia.

Nosotros debemos trazar nuestra vida siempre con nuestra inteligencia y sobre todo en la intimidad, que tiene que estar empapada de nobleza; que cuando un hombre vale en los detalles de la vida, es cuando vale del todo. Y ahí hay que tener mano maestra.

Entonces, embellezcan la vida, comprendan el valor del detalle, del gesto amable de saber alcanzar el tenedor, de pasar la panera, de saber callarse cuando es oportuno.

Una criatura que sabe esto, está haciendo una maravillosa obra de arte con su vida.

No hablo de esa minuciosidad empalagosa sino del justo medio, que hace amable la vida.

La mujer es un accidente en la vida del hombre hoy; y así es de brutal la relación con la mujer: es una descarga brutal, ahí. Y otra vez a entregarse a las Furias y las Erinnias de la economía.

¿Ustedes han pensado un poco lo que es un matrimonio hoy? ¿No están ofrendados a la economía?

El hombre trabaja quizá en tres puestos; empieza a la mañana y termina a las doce de la noche; la mujer trabaja.

¡Repensemos un poco las cosas! El hogar está totalmente destruido, inmolado a la economía. Esa mujer llega cansada, de mal humor, ¿qué hogar va a dar a ese marido?

¡Qué verdad tan grande: "No se puede servir a dos señores"! Porque si están sirviendo a la economía no sirven más ya a sus hijos ni a su marido, ni al hogar, y el hogar es una ruina y el malestar cunde. ¿Y qué razón de ser tiene?

¿Y el encuentro de esa esposa con ese esposo, cuál es? Vergonzoso, una descarga fisiológica de un momento entre sueños, y al otro día ni se conocen.

Piensen un poco las cosas en la realidad, dejemos la ilusión.

La mujer, que es tan existencialista, que vibra tanto en su sensibilidad delicada, es la peor víctima, siempre lo fue. Por algo es tan grave todo delito contra lo sexual, ¡si lo sexual es venerable, lo sexual es sagrado; y convertido en eso; y qué trato tan grosero, tan brutal, nada más que localizado en lo fisiológico, y para de contar!

Ese hombre no sabe nada de esa mujer, ni esa mujer de ese hombre. Una grosería que los salvajes pueda ser que la hayan tenido.

¿Y saben la cosa que más me impresiona? Este marido y esta mujer que se han peleado como leones durante el día, luego por la noche se conocen ahí en la descarga fisiológica, y al otro día siguen peleados; no los comprendo, qué quieren que les diga, no entiendo nada; si esos son seres humanos, no lo entiendo.
¿Queréis pueblo más culto que el romano? Y yo no os puedo decir ciertos ritos practicados por los romanos. Ahora no digamos de Cartago y de la misma Grecia de la cual estamos viviendo hoy. Yo no os podría hablar de los ritos dionisíacos de un pueblo de cuyo arte y filosofía estamos gozando hasta el día de hoy y cuyo Partenón es el ápice de una de las más inmensas culturas de la humanidad.

A todas esas cosas se llegó poco a poco, y entonces tenemos que estar advertidos, porque si pueblos cultos han caído en grandes aberraciones, por qué no vamos a caer nosotros también.

Caernos poco a poco, sobre todo cuando quebramos de manera deliberada toda atadura a la verdad.

Pues bien mis hermanos. El divorcio es una abominación tan horrible y odiosa como lo es poner un niño en una urna para cimentar los muros de una ciudad, y los que argumentan en favor del divorcio son personas que no han conocido al ser humano. Se fundan en hechos y nada más.

"Si ellos no se entienden, cómo no se van a divorciar"

"Si ellos no se quieren, cómo no se van a divorciar"

"Si el otro tiene ganas de correr una aventura, cómo no se van a divorciar"

Y así podemos ir al infinito. ¡Miren qué argumentos!

Estos son síntomas de la más grande incultura.

Argumentos del último reblandecimiento intelectual, argumentos nada más que sentimentales, como si la norma de la naturaleza humana fuera el sentimentalismo.

Ahora dejadme que yo os diga tres palabras acerca de la cima abandonada que eres tú mismo. Dejadme que os hable de esa naturaleza racional que l1evas dentro arrumbada y deshecha.

Dejadme que os hable un poco y vais a entender el fundamento de la indisolubilidad del matrimonio.

Son de tal condición el varón y la mujer, que hay una absorción mutua cuando se conocen en el "Sí" sacerdotal, hay una apetencia dispositiva.

Hay una disposición en la naturaleza del varón para absorber a la mujer y formar con ella una unidad indisoluble de tal manera que se funden y forman una sola naturaleza total, y esto es así quiéranlo o no, y esto se consuma siempre porque la esencia sigue siendo humana.

Y otro tanto pasa en la mujer. Hay disposiciones tales en las facultades de la mujer que se funde de tal manera con el varón, que forman una unidad humana quieran o no.

Tal es la fusión compaginándose totalmente varón y mujer cuando de verdad se aman, que el matrimonio está en la línea del nacimiento.

El que se casa adquiere un nuevo ser. Por el primer nacimiento entra en el existir; este segundo es intencional-sustancial. Es decir, es intencional porque en cada una de las potencias humanas masculinas hay una disposición a completarse y compenetrarse, de la modalidad femenina de las potencias de la mujer y viceversa.

De esta manera, es una adquisición de otro ser humano, una unificación con otro ser humano muy peculiar, intencional y de alguna manera también física. Por el matrimonio el hombre nace en una materia superior: en el de la versión más eminente de la realidad sensible: la mujer; en la mujer nace una determinada visión racional de la vida y del universo.

Hay ciertas opciones con las que juego mi naturaleza y mi vida. Hay ciertos "si" y ciertos "no", en que yo juego todo lo mío. Y, como puedo después retrotraerme y estar de nuevo en el punto de partida.

Lo que hacen tantos que se casan, que después se quieren descasar. Si el casamiento está en la línea del nacimiento. Y es un nacimiento voluntario.

Está en el orden de la voluntad libre, pero está comprometiendo cosas esenciales -la posibilidad de complementarme con otra persona- y se realiza. De ahí las palabras de Jesús: "Lo que Dios unió, no lo separe el hombre". Y Dios trabaja en el orden de las esencias. La opción era hacerlo o no hacerlo, pero hecho, es para siempre.

El primer nacimiento era involuntario, por designios superiores al hombre; el casarse es voluntario, es nacer en un orden humano, para entrar en un servicio determinado.

De ahí la necesidad de la castidad en el noviazgo; hay que estar muy sereno y muy lúcido antes del casamiento. En una palabra, que la pasión no es motivo suficiente para casarse, ni mucho menos. La pasión es ciega; se casan, y satisfecho su deseo, se dan cuenta que son dos extraños.

¿Ven lo que es la buena intención, y la recta intención? La buena tiene que estar informada por la sabiduría para hacerse recta.

Igualmente el sacerdocio y la profesión religiosa, están en la línea del casamiento. Yo me juego entero, yo me comprometo, yo me mancipo, me subordino: tomo estado, es decir, tomo servicio en el universo. El que se casa, en el orden de lo temporal; yo, al servicio de cosas eternas para vivificar lo temporal, y llevarlo a la eternidad. Y después no puedo volverme atrás. Lo mismo que si yo prendo fuego a una casa de madera, y ardió.

Tenemos que respetar mucho la intencionalidad de las cosas reales, la realidad objetiva; yo no puedo hacer que el fuego sea frío, siempre va a quemar.

El divorcio tiene ya su recompensa, porque aquella mujer que abandonó vive siempre en él. Se ha consumado en la unidad y nadie puede desatar lo que Dios ha unido, y Dios une porque dispone de la esencia y de la naturaleza, y es el único que puede unir y desunir realmente.

Cómo se va oscureciendo la naturaleza humana paulatinamente. Porque hay tres quicios manifestativos de que hay una criatura racional en el mundo sensible: la indisolubilidad del matrimonio, el principio de autoridad y el principio de propiedad.

¡Yo lo que les pido es que seamos sinceros y que no nos creamos justos! Porque hay ciertas cosas que se han perdido que constituyen la cultura fundamental.

Esos quicios sobre los cuales descansa el verdadero hombre y que los hemos roto. Y bueno, estamos en la superficie de las cosas. Y lo peor de todo es que se vive una parodia de todo, un vacío enorme ¿no es cierto?

Por San Marcos conocemos con detalles la causa por la cual Juan el Bautista, padecía cárcel. "No te es lícito tener la mujer de tu hermano" decía a Herodes, cuantas veces lo encontraba.

San Juan Bautista es el mártir de la santidad del matrimonio.

EN EL DÍA DE LA SAGRADA FAMILIA DE NAZARETH

REFLEXIONES ACERCA DE LOS ESPOSOS

En la Santísima Virgen y San José brilla con expresión neta, lo que yace sepultado y profanado en el hombre y la mujer modernos.

Son verdaderos esposos: por voto solemne no han tocado sus carnes; sin embargo, son verdaderos esposos. ¡Ah, la sonrisa radiante de las paradojas que custodian la verdadera vida humana!

No han tocado sus carnes; más, asimismo, no se ha dado jamás unión de varón y mujer tan entrañable. Fundidos en la Unidad más allá de la carne, en las raíces mismas, esenciales, de sus naturalezas puras: María y José forman una sola plenitud humana.

No necesitan de enanas, turbias ternuras para encontrarse. La Esposa flota en la interioridad del Esposo: el Esposo en la Esposa. Varón completando a la Mujer, dentro; y así, en este caso sobre todo, la Mujer completando al varón dentro. Posesión altísima, inagotable: consumación y reposo del amor sin términos: sin la orilla acre, casi enconada de las pasiones ahítas y hastiadas.

La definición de ellos era palpable, y lúcidos, sin sombras, los tersos lagos de los ojos. La pupila entrega el abismo diáfano, las aguas del alma, de ritmos múltiples como los pies de los cervatillos en los montes; también, el Silencio del que Está y basta: El abismo infinito, donde varón y mujer se comprenden para siempre: “No separe el hombre lo que Dios ha unido”.

El Diálogo rebasa y se derrama donde las lámparas de las pupilas: Porque no se han registrado queriéndose poseer con la exigua posesión de los sentidos, el rostro intacto reposa en el rostro intacto, la mano y el hálito intactos en la mano y el hálito intactos.

Adán y Eva conocieron las mismas castas delicias en el Paraíso. Bellos; sus carnes levantadas hasta el espíritu, no conocían el inflexible término de la pasión derramada.

Sus carnes, único sacramento de Dios en el Universo, habían de transmitir gracia y vida en una participación suavísima del amor que, ante todo fundía las almas.

Y sus cuerpos estaban llamados a conocerse en la vocación del hijo: En un éxtasis de creación.

La caída fue lenta. El que piense que el primer pecado consistió en un pecado carnal, está hundido en burda ignorancia. Fue éste, el delito altísimo, diabólico, el tuyo y el mío: El pecado ineludible de no querer ser por Otro; de querer comenzar en sí el ser y el destino recibidos.

La pasión desvalida tardó en enturbiar la plenitud de esposo y esposa, brillo y sombra de la Trinidad beatísima: “Dos en una sola carne”, decían los hijos del arrepentimiento de Adán, que fueron Set y su descendencia. “Dos en una sola carne”, reconocían los hijos de la iniquidad, los que salían del muslo de Caín. Y el hijo procedía del amor conyugal como de un solo principio, así como el Espíritu Santo procede del único Amor del Padre amando al Verbo y el Verbo amando al Padre, sin fatigas.

Al fin, tocó el turno a las hijas de los hombres en el despojamiento de Dios. Robaron al Artífice el diseño de sus cuerpos. Insinuaron que aquel juego de breves órbitas donde toda flor, toda ave, toda voz de manantial se reconocía: aquella corola suprema de la tierra en vocación de la racionalidad del varón, tenía origen en ellas; que en las junturas de sus carnes se calmaba la nostalgia de los desterrados.

Fue la primera vez que la carne se atrevía a destacarse como una realidad válida en sí; como un manjar que sacia el corazón del hombre.

Y los hijos de Dios, los descendientes de las lágrimas de Eva, los que habían sido justos en el espíritu de Abel, se casaron con las hijas de los hombres. Se hundieron en el paraíso mentido por las sugerencias de los ojos entornados, por las propuestas oscuras de las caderas insinuantes.

Fue la segunda apostasía del hombre. Tanta, que provocó el Diluvio. Cuando el inicuo Lamech tomó dos mujeres, sabía con claridad que quebraba un quicio esencial, y que con ello, “mataba al hombre y hería de muerte al adolescente” (Gen. IV - 23 y 24).

Uno de los tres quicios que dan cohesión a la criatura racional con lo sensible se rompió entonces: La carne se desplazó del espíritu, y cayó sobre sus propios ayes y espasmos de muerte, multiplicados en todos los fornicarios y adúlteros de la tierra.

Los fariseos preguntaron: “¿Por qué, entonces .Moisés mandó dar libelo de repudio?” Jesús repuso:

“Por la dureza de vuestros corazones” (San Mt. XIX 7 y 8).

Termina con palabras henchidas de visión y nostalgia: “...mas en el principio no era así”

Dio la potente gracia para que, levantando no sólo al alma hasta el Espíritu de Dios, sino también a la carne hasta el alma, aquélla, la profanada, la rehollada por la pasión inválida, fuera una vez más transparencia, signo y fecundidad de dos en una sola plenitud humana.

La dignidad de la mujer, la simplicidad de su misterio, floreció de nuevo. Las hubo varonas admirables:

Ellas gestaban con Dios hombres capaces de sostener al mundo.

El hombre moderno se ha entregado de lleno al atávico progreso de sus máquinas para ocultarse la extremada miseria de lo humano a que ha llegado. Pero el estado de la mujer se lo revela. Ella, con aptitud para ser palabra viviente del varón, la pronuncia: “Desolación y vacío son tus nombres”. No recibe nada del que es su cabeza; sólo una frase diminuta, suicida: “Has nacido para ser decorada con la baba de los gusanos, para ser tatuada con la dura fiebre inexplicable”. Y ella, porque el varón es su cabeza, se abraza a sus libertades y, sin apelaciones, se adereza, soñando día y noche con la asquerosa cita.

No se podía sospechar que la carne abandonada del espíritu fuera sólo insignificancia. Los tenues resplandores de los cabellos, yacen muertos; los escorzos, mudos; los ojos, planos, balbuceando la misma estúpida proposición. Negadas las profundas raíces de sus entrañas que beben rostros nuevos en los manantiales de Aquel que no cesa de operar ser y vida, la carne de la mujer aventada en las calles, ha resultado un manojo de fibras y glándulas deleznables, hermanas de la fugacidad del lirio.

Y sus contornos casi extinguidos, se agotan antes de ser conocidos: Mar muerto.